

APIS

1

Abrí la lata de tomate frito y allí estaba él. Al principio sólo vi la parte de arriba de su cabeza, que confundí con un trozo de cebolla mal triturada flotando en el tomate, pero al coger aquello con los dedos y descubrirlo al aire observé horrorizado que se trataba de un hombrecillo de unos diez centímetros. Lo deposité con sumo cuidado en el mármol de la cocina. El hombrecillo tenía los ojos cerrados, como si durmiese. Vestía unas zapatillas verdes cuyo tejido era muy similar al de las hojas del campo, un pantaloncito corto azul celeste y una camisa de un amarillo encendido como el fuego. Pero nada podía saber yo con certeza puesto que el tomate frito lo cubría en su mayor parte. Abrí el grifo, lo cogí de nuevo con manos temblorosas y lo coloqué bajo el claro chorro del agua. Lo tumbé boca arriba otra vez en el mármol y le quité con mimo de madre la ropita y el calzado y tendí todo en el cordel al lado de mi ropa, fijando cada prenda con una pinza que casi la cubría por completo. Sentí ganas de reír al ver el contraste entre aquellos tejidos diminutos y los míos, pero la fuerte extrañeza de la situación, unida al dramatismo por tratarse de un ser vivo, me devolvió la templanza; volví hacia el hombrecillo y lo sequé con un matatapos.

Su anatomía era idéntica a la humana, pero decenas de brillantes puntitos como purpurina gruesa semejantes a constelaciones de estrellas cubrían su pecho, que se expandía y contraía en una respiración relajada. Se veía claramente que era un adulto, pero sus hinchadas formas recordaban a las de un bebé humano a escala. Su arrugado entrecejo uniendo dos frondosas cejas rosáceas, sus marcadas “patas de gallo” y sus gruesas ojeras violetas indicaban que la edad de aquel ser podría acercarse a la de un humano de unos cincuenta años. Pensé que quizá cogería frío en su desnudez y encendí el fogón de la cocina que más cerca quedaba de su cuerpo, a lo que el hombre pareció arquear levemente una sonrisa de agradecimiento, pero esto no sé si lo imaginé o fue real, tan sutil fue la mueca. A los pocos segundos, el hombrecillo abrió los ojos de par en par y comenzó a observarlo todo con ávida curiosidad. Mi rostro estaba en lo alto de su carita, de esos ojos de un azul intenso que yo jamás había visto. Sonreí intentando darle confianza y el hombrecillo cerró rápidamente los ojos, haciéndose el muerto como un insecto panza arriba; su pecho se agitaba horrorizado, y con él el resto de su frágil cuerpo se es-

tremecía como golpeado por un oleaje interno, y eso me hizo sentir gran lástima y ternura por él, por su indefensión frente a mí.

- Yo no he nacido para ser real.

Esa fue la primera frase que el hombrecillo dijo, y lo hizo horas después de todo aquello, cuando yo ya me disponía a meterme en la cama por la noche y a él lo había dejado tumbado y ya vestido con su ropa (en un par de horas se secó) sobre una manta al lado de la cama. En la oscuridad resonó su pequeña pero audible voz dramática, una voz que parecía ciertamente psicofónica. Su tono era bronco y a la vez musical, y parecía provenir de muy cerca y de lejísimos. En ese momento encendí rápidamente la luz, conmovido y asustado, pero el ser ya había cerrado los ojos y esta vez sí parecía dormir en realidad. Apagué la luz y me dormí yo también, dándole vueltas a la cabeza respecto a si debía avisar a alguien de mi hallazgo: a un parapsicólogo, al personal de la NASA, incluso a la casa de venta del tomate frito, quizá a un psiquiatra, pues también cabía la posibilidad de que todo aquello fuese creación de mi mente, pero resolví enseguida que, por mis diez años anteriores de soledad, el mundo no merecía que yo, ahora que por fin, a mis cuarenta y cinco años, encontraba compañía, quizá un amigo (aún era rápido para aventurar esto), actuase en contra de mí mismo quedándome de nuevo solo.

2

Esa noche me despertaron unos gemidos intermitentes; parecían provenir de un animalillo de la calle, quizá de un gatito. En mi atolondramiento por correr hacia la fuente del desasosegante sonido, me apercibí de que estaba caminando por el borde de la manta en que dormía mi hombrecillo. Encendí rápidamente la luz y allí estaba él, de pie y mirando hacia mí, con los brazos caídos y emitiendo un llanto gutural. Pensé que quizá tendría hambre y desmigué una hogaza de pan y se la di a comer, pero él cerraba la boca con fuerza e incluso apartaba con sus manitas frías y alargadas mis grandes dedos de sus labios. En ese instante vi que sus dientes, en relación al resto de su boca, eran muy grandes y poseía muchas menos piezas que los seres humanos. Así probé con leche, con arroz hervido y hasta con un trozo de tortilla, pero el hombrecillo no ingería nada de aquello. Entonces, iluminado por una imagen, me golpeé la frente exclamando: ¡Tomate frito! Y cogí la lata misma de donde salió él aquella mañana y, con la cucharita más pequeña que pude encontrar, que para él era como una pala de enterrador, aproximé el tomate frito

hacia su rostro. Entonces sí él comenzó a coger dicho alimento con las manos y a comer con suma avidez, llenándose la boca de tomate frito a espuertas, llenándosela con las manitas ya rojas una y otra vez, casi sin darse tiempo a que fuese cayendo el tomate al estómago, e incluso, de tanto tomate frito que se introducía en la boca, parte de éste chorreaba por los extremos de los labios, tanto apetito era el suyo.

Y sólo se alimentaba de eso, como comprobé al día siguiente. Tomate frito para desayunar, tomate frito para comer, para merendar y para cenar. Y no mostraba síntomas de empacho ni de mala digestión. Además, y esto es una cosa que no puedo dejar de constatar, en ningún momento vi al hombrecillo, que a partir de ahora llamaré Apis por las causas que a continuación explicaré, defecar en ningún punto de la casa, porque hasta un día entero lo dediqué a observar los rincones en busca de algún diminuto excremento u orín suyo, pero no vi nada que pudiera dar cuenta de que poseyese en su organismo un proceso excretor (aunque sí vi en una de mis exploraciones de su anatomía algo parecido al esfínter del recto humano, aunque estaba cerrado, como cicatrizado). Pues bien, lo bauticé como Apis porque días después fui al hipermercado, pero esta vez con el hombrecillo metido en un bolsillo de la chaqueta. Lo hice para que tomase aire y le diera la luz. Quería que mi amigo se oxigenase, pero a la vez me intranquilizaba la idea de que alguien pudiera verlo, así que resolví llevarlo en un bolsillo, para que fuese oculto y al mismo tiempo pudiera de cuando en cuando asomar su cabecita para ver cosas de mi mundo. Tanto se asomó en una ocasión, ya en el hipermercado, que una niña que pasaba de la mano de su madre, al verlo, rompió a llorar horrorizada. Yo empujé suavemente la calva de Apis hacia adentro del bolsillo y me perdí con rapidez en un zigzag de pasillos. De pronto di un salto al notar como una correntada en el hígado. La vibración provenía del hombrecillo, que vibraba como un teléfono móvil de grandes dimensiones, y dejó de hacerlo durante un rato hasta una nueva vibración, momento en que me di cuenta de que el temblor de su anatomía sobrevenía al pasar yo por la sección de tomate frito, y concretamente al pasar al lado de las latas de la marca Apis. De esa manera tan insólita supe que Apis, siendo una marca que yo siempre había rechazado por tener un sabor demasiado fuerte, no sé si por la cantidad de ajo o de cebolla que llevaba, a él le gustaba especialmente. Y este fue el origen del bautismo onomástico de la criatura.

El número de latas de tomate frito Apis que él ingería al día era del orden de 25 a 30. Yo no podía entender cómo un ser tan diminuto, cuyo estómago iría en consonancia con el resto del organismo, pudiese tragar tanto tomate frito. Y ¿a dónde iba a parar dicho tomate? Si ni siquiera

defecaba lo que a su cuerpo no le convenía. ¿O le convenía todo? Era como si el interior de Apis fuese un abismo sin fondo adonde fuese cayendo en una lenta y continua catarata roja todo el tomate frito que éste comía día tras día. A la par, mi economía menguaba hasta límites alarmantes.

3

- Magnitud.

Esa fue la segunda y última emisión comprensible que Apis articuló. Fue mientras íbamos caminando por el pasillo de casa. Apis llevaba ya conmigo dos semanas, prácticamente enclaustrados los dos en los reducidos confines del domicilio, y era lógico que al menos le animase a andar, para desentumecer los músculos. Paseábamos de la siguiente forma: yo caminaba a cuatro patas, casi arrastrándome, dejando el brazo derecho en el aire cogiendo la manita de Apis, que caminaba lentamente a mi derecha. Había observado que si lo dejaba sólo en algún punto de la casa, vigilándolo yo tras la puerta entornada o desde una ventana, él no se movía del sitio y comenzaba a temblar o a vibrar como si el suelo para él estuviese cortado por sucesiones de barrancos. Así que me veía obligado a desplazarme con él poniéndome a su altura de la manera más grotesca; afortunadamente, nadie podía vernos. Y entonces fue cuando dijo “magnitud”.

Pero ¿magnitud de qué? ¿Magnitud en su insondable estómago? ¿Magnitud en el mundo del que provenía? ¿Magnitud en nuestro universo tan vasto para su diminuto cuerpo? Interrogantes; cada vez acumulaba en mi cabeza más y más interrogantes sobre Apis, que a la par me iba ganando emocionalmente. Sí, le iba cogiendo gran cariño. Para mí ya era como un hermano, o como un hijo; no sé, era algo muy mío, muy cercano, y sobre todo evitaría con uñas y dientes que alguien pudiese dañarlo.

Así pasaron los días hasta hoy, en que comienzo a escribir estas crónicas.

4

Las crónicas de Apis. De cómo engordó hasta que pasó lo que pasó. Y lo que pasó fue que cada nuevo día Apis engordaba más y más, y yo no podía evitar esto de ninguna forma, puesto que si dejaba de darle en lu-

gar de dos latas de tomate frito cada media hora, que es lo que había calculado que comía, una o media, gemía y gemía como un gatito abandonado y no me dejaba ni echar la siesta. Por la noche era más sencillo; había comprado un cuenco de plástico donde comen los perros y le había practicado un agujero a modo de comedero, donde él, inclinando el cuerpo hacia su interior, apoyaba su voluminosa barriga y comía. Cuando me iba a acostar llenaba de tomate frito el comedero de Apis y él se avituallaba a placer. Y yo oía sus lametones al tomate frito a altas horas de la madrugada, su gargantita tragándolo con sonidos guturales de gran placer y su lengüecita relamiéndose los dedos al terminar cada toma; música de salud para el pequeño y de felicidad para mí. Pero por el día era distinto, porque si le dejaba el cacharro lleno de tomate a Apis éste no se servía como en la noche, pues, como ya he dicho antes, la luz del día le mostraba nuestro mundo en todas sus espeluznantes dimensiones y Apis no avanzaba ni un paso, tal era su terror, y se le cortaba el apetito y hasta podía llegar a desmayarse.

Y engordaba y engordaba, día tras día. Yo le iba haciendo ropa a medida con prendas más viejas. No era difícil. Era como coser ropita para una muñeca. Mientras veía un programa del corazón en la televisión, con Apis al lado fascinado con la emisión de luces del aparato como quien ve amanecer, podía tejerle un par de camisas y un pantaloncito. Y ya cada semana tenía que coserle nuevas ropas, porque cada vez engordaba más y más rápido. Cuando vino al mundo, bueno, cuando lo saqué de la lata, pesaba 230 gramos, y cuando ocurrió lo que ocurrió pesaba ya kilo y medio. Y lo que ocurrió fue ni más ni menos que Apis, de tanto comer, un mal día reventó como un globo demasiado hinchado de gas. Reventó frente a mí, mientras le estaba dando de comer con una cuchara sopera de adulto su tomate de la media hora. La tragedia ocurrió de una forma tan rápida y hasta ridícula que me costó largo tiempo despertar del shock. Apis estaba frente a mí, con sus rollizos mofletes rosaditos que ya casi, de tan carnosos, le cubrían los ojos, con sus bracitos de bebé obeso abrazados a los dedos de mi mano, con su reconfortante ruidito gutural al tragar el tomate, y en un segundo triste y maldito ya no estaba allí: estaba repartido en mi rostro, en las paredes, por todo el suelo, en la pantalla del televisor, Apis había reventado y su interior de tomate frito, el interior de su estómago, de sus intestinos, de sus venas, se había esparcido por todo el comedor, enrojeciéndolo. De Apis sólo quedaba su pantaloncito celeste adherido con tomate frito a la pantalla de la televisión y una manga de su camisa hecha jirones sobre mi mejilla derecha. Totalmente estupefacto, me tumbé en el suelo boca arriba y estuve durante horas como cayendo físicamente por un abismo de negrura, hasta

que, electrificada mi conciencia de nuevo, reaccioné y mis ojos se abrieron como si alguien me hubiera arrojado un cubo de luz sobre la cabeza. Corriendo, jadeando como un perro, busqué a Apis por el comedor, debajo de los sillones, encima de los muebles, por el resto de toda la casa, y nada. Supe definitivamente que él había muerto porque vi uno de sus ojos pegado en la pared, cerca del marco de la puerta, muy abierto, como mirándome desde otro plano dimensional. Fascinado y fuertemente deprimido miraba y miraba su ojo, los músculos de mi cuerpo se destensaron y perdí el sentido.

5

Y hoy es cuando escribo esto. He querido reflejar todo, este día posterior a la muerte de Apis, para que se sepa de su existencia, de nuestra maravillosa amistad. Para que mi testimonio certifique que, aunque sea difícil de creer (yo no lo creería si no lo hubiese vivido), la realidad no es sólo la que conocemos, sino que, tras su frágil velo, palpitan otros valles y seres como Apis, llenos de ternura y ganas de vivir.

Pero ya me voy. Adiós. Aquí acaba todo. Me voy con Apis.

6

Pues sí, fui desafortunado hasta para buscar la muerte. Al caer desde la ventana del tercer piso de mi casa sólo me rompí las piernas y algunas costillas. Y mi metabolismo es tan fuerte que en un mes ya estaba en casa, la cual encontré más solitaria y fría que nunca. Mi familia había limpiado de tomate las paredes y los muebles. Yo no podía dejar de pensar en Apis. Mi hermano, cuando entramos en mi casa, me decía algo así como que si necesitaba algo ellos estarían allí cerca, etc. Y oí la puerta al cerrarse cuando él se fue. Ni siquiera respondí a su trémulo adiós.

Apis. Sólo pienso en ti.

7

Mi familia está golpeando moleestamente la puerta de la calle. No sé qué día es. Ni qué año. Sólo busco a Apis. Desde hace días, o meses. Me revientan de dolor y de flojedad los músculos de los dedos y de los brazos a consecuencia de abrir latas y latas de tomate frito. Apis no está en

el interior de ninguna de ella, ni él ni nadie parecido. Pero no desisto. Si él vino a través de esa “puerta”, muy bien puede retornar aquí, recompuesto de nuevo, por la misma entrada. Las cajeras del supermercado me miran con rostro alucinado y cruzan entre ellas sonrisas de complicidad al ver avanzar hacia las cajas mi carro semanal lleno de botes de tomate frito Apis. La casa está llena de botes, a ambos lados del pasillo los botes se elevan como muros de colores, sobre mi cama, dentro del baño, sobre los sillones y en las estanterías de los muebles. Toda mi casa es un almacén de tomate frito, y no hay ya espacio para nada. El otro día, buscando una camisa en el armario, cayó sobre mí una granizada de botes de tomate y por poco no estoy contando estas crónicas. Todavía palpitan chichones en mi cabeza y arden moraduras en mis brazos.

- ¡No abriré! –grito ante la puerta de la calle. Se oyen las voces de mis familiares. Unos gritan, otros lloran.

- No abriré a nadie que no sea Apis –vuelvo a decir, esta vez en un oscuro lamento que no sé si he emitido verbalmente o sólo lo he pensado.

Y sigo abriendo latas y latas, hundido y esperanzado a un mismo tiempo.